

AMERICA ESPAÑOLA Y AMERICA LATINA

Escribe: CARLOS RESTREPO CANAL

Los nombres deben designar las cosas con entera precisión, ni menos ni más de lo que abarca la esencia misma del objeto que se quiere indicar. La América que antes de ser descubierta por Colón estaba poblada por razas de origen oriental no podía entonces llevar ninguna de las designaciones que hoy se le dan; se llamó las Indias todo el continente y por circunstancias que no son del caso mencionar, se le llamó poco después América. Las razas que la poblaban se llaman en general indias, y haciendo abstracción de su origen malayo, polinesio o de otra procedencia se consideraron como indígenas americanas.

Pobladas luego las Indias occidentales o la América del sur, del centro y del norte por España y por Portugal, en segundo término, la América fue luego española. No era posible en los siglos XVI y XVII hacer distinción entre españoles y portugueses, puesto que además de tener unos y otros un origen común, Portugal, desde la época de Felipe II hasta la de Felipe IV, de 1581 a 1640 formaba con España una sola nacionalidad, como la había formado hasta 1148.

América era, pues, española desde California hasta la Patagonia. Cuando los emigrantes de Inglaterra, de Francia y de Holanda comenzaron a formar pequeñas colonias, a pesar de que solo España y Portugal tenían derechos efectivos sobre el continente, pudo hablarse de latinos y sajones para distinguir esos núcleos de población nueva.

Entre esos núcleos y la gran población hispánica del continente americano había además una diferencia de categoría política en el orden internacional: la América española estaba integrada por provincias ultramarinas de Castilla; esto es provincias castellanas dentro del imperio español. Igual categoría disfrutaba el Brasil, provincia portuguesa. Los núcleos de población nuevos eran colonias o factorías de los países de donde sus pobladores procedían.

Los españoles, y los portugueses; es decir, los hispanos de América, somos latinos, y por cierto acaso más latinos que otros pueblos del conjunto de la latinidad mundial; pero como además de las naciones españolas o hispanas de América hay regiones pobladas por franceses o por gentes que hablan francés, aunque no sean en su totalidad de origen francés y latino; y dentro de los estados americanos hay inmensos núcleos de

población latina, como acontece en los Estados Unidos, donde las gentes de procedencia italiana, española, hispanoamericana, portuguesa o francesa es inmensa. Quien hable, pues, de América Latina necesariamente abarca toda la población francesa del Canadá; la de origen latino de los Estados Unidos y la de Haití, juntamente con todo lo español y portugués. Luego cuando se hace referencia solo a los países hispánicos de América se les debe dar un nombre más ceñido a la verdad, esto es Hispanoamérica o América Española. América Latina es nombre que tiene un contenido más extenso y menos concreto.

Si se traducen libros de cualquier idioma al español, o se radiodifunden noticieros en español, mal está decir que ello se hace para la América Latina, porque en toda la América no solo se habla español, sino francés y portugués, y muchos de esos latinos hablan inglés; están traducidos ellos mismos al inglés.

Resulta paradójico, ahora que se ha puesto en uso el ritual bilingüe, oír decir que se suprimen en el rito algunas oraciones en latín y se rezan en español en la América Latina, porque los pueblos latinos no entienden el latín sino el español, aunque está vedado llamarlos hispanos por un desvío foráneo hacia lo español, recibido inconscientemente en la América que habla español.

Todo esto nos demuestra que a la América Española, la primogénita del continente americano, debe dársele su nombre concreto, claro y preciso. Y con mayor razón cuando de ello se habla entre nosotros mismos. Somos hispanos de sangre, de cultura, de lengua y de tradición secular. Si hay quienes estén interesados en borrar la noción hispánica de América a nosotros, descendientes de quienes dieron origen a la hispanidad en América, nos corresponde mantenerla; mantener tal carácter en el Nuevo Mundo. Nos separamos políticamente de España, formamos nacionalidades separadas, precisamente porque alentaba en nuestro temple el individualismo y el orgullo español, pero no hemos renegado de nuestro origen, ni de nuestra cultura; somos los más numerosos hispanohablantes y cultivadores fervorosos de la lengua española, que ha tenido en la América Hispana ilustres filólogos, tan notables como los peninsulares. Los nombres de Bello, Caro y Cuervo lo atestiguan.

Somos, pues, la América Española; la América Latina no solo nos abarca en su extensión sino que comprende a los italianos, a los franceses y a otros de origen latino del continente, y a los portugueses americanos, puesto que en virtud de su diferencia de idioma cabe distinguirlos del conjunto castellano, aunque son tan hispanos como los gallegos que también hablan idioma distinto del castellano y hermano del portugués.

A fines del siglo pasado rompía lanzas don Juan Valera en sus famosas *Cartas Americanas*, con la gracia y gallardía de su amena pluma, en favor del calificativo de *Española* que le corresponde a *nuestra América*, y aducía para ello muy poderosas y sólidas razones, que don Felipe Zapata aceptaba de buen grado al comentar las *Cartas* de Valera.

Y, a propósito de las *Cartas Americanas*: don Juan Valera, que con tan buenos amigos y lectores contaba en Colombia, tenía de nuestra na-

ción un alto concepto, le profesaba un extremado aprecio y la reputaba por muy hispánica entre las demás de América. En una de las mencionadas *Cartas* decía, pues, a su corresponsal e ilustre literato colombiano don José María Rivas Groot, que le había dicho que Bogotá estaba en un elevado rincón de los Andes, estas afectuosas palabras acerca de Bogotá: “No puede usted imaginar cuánto me agrada y qué gran curiosidad me inspira ese rincón, como usted le llama, al cual acudiría gustosísimo, según manifestaba, si “no estuviera tan viejo”, a hacer una visita al señor Rivas”, y “a ver el estupendo salto de Tequendama, de tan superior elevación al del Niágara, que he visto”.

“Lejos de parecerme Bogotá un rincón, se me figura —continuaba— que Bogotá va a ser el centro del mundo en lo venidero, cuando el canal interoceánico acabe de abrirse, y sea el seno de aquella república donde se celebre el gran consorcio de la civilización, basándose y abrazándose dentro de la zona,

‘Que el sol enamorado circunscribe’,

las ondas del Atlántico y del Pacífico”.

Sírvannos de aliento estos conceptos de quienes ven en lo que Valera llamaba la corte de Bogotá, un gran centro de nuestra cultura hispánica, católica y letrada, contra el subdesarrollo que se nos atribuye sin reparar que en este mundo hispanoamericano se incorporaron, tras de tenaz labor de tres siglos, hasta 1810, y de siglo y medio después de esta fecha, muchos millones de indígenas a la cultura secular europea y a la civilización cristiana; y ello a pesar de las agitaciones civiles que han detenido nuestro avance en la carrera del progreso.